

otra cosa, parecía ternura el sentimiento que despertó en su alma.

La naturaleza había dotado á Colon con esa seducción que fascina y con esa elocuencia que convence, y fué tal el efecto que produjeron sus palabras en Isabel, que podia decirse que la Providencia iba á convertir en su primer apóstol á una reina.

Tanto Isabel como su augusto esposo felicitaron por sus planes al extranjero y le ofrecieron toda su ayuda.

El rey nombró inmediatamente un consejo compuesto de los astrónomos y cosmógrafos más notables, para que examinara en Salamanca sus ideas y para que informase acerca de ellas, y encargó su presidencia á don Fernando de Talavera.

Seguro de la proteccion de los reyes, más seguro aún de la de Isabel, que le había comprendido, aunque con gran pena de fray Pedro Antunez, partió Colon á Salamanca á aguardar el fallo de los ilustres sabios á quienes había confiado la corona el exámen de sus proyectos, resuelto al mismo tiempo á discutirlos y á defenderlos.

El rey había dispuesto que se celebrara el consejo en Salamanca porque queria pasar allí el invierno con la corte; y en efecto, allí fué despues de confiar á sus capitanes la continuacion de la guerra contra los moros de Granada y de haberse reunido con la reina en el campamento de Moclin, para ir á Galicia á sofocar la insurreccion que capitaneó el conde de Lemus.

A principios de Octubre llegó la corte á Salamanca.

Salamanca era entónces la capital literaria de España.

Cuando se supo el motivo de la reunion de aquel consejo extraordinario, acudieron á dicha ciudad los hombres más notables de los reinos unidos por el enlace de los reyes.

Colon, recomendado por su protector el arzobispo de Toledo, fué á parar al convento de dominicos de San Estéban, donde recibió agradable hospitalidad y donde celebró sus sesiones el consejo.

Los frailes tenían entónces una gran influencia en España.

La religion y la ciencia estaban en aquella época estrechamente unidas.

Los tesoros de la erudicion se encerraban en los monasterios, y todas las cátedras estaban ocupadas por profesores que salían de los claustros.

El clero dominaba tanto como en la iglesia en el Estado, y casi todas las posiciones que ejercian influencia en la córte se hallaban reservadas exclusivamente á los eclesiásticos, salvo algunas que por derecho hereditario disfrutaban los hijos de los nobles.

No era extraño ver por entónces cardenales y obispos que trocaban el casco y la coraza por la mitra y el báculo.

El siglo de los Reyes Católicos se distinguia por el renacimiento de las ciencias, pero más aún por el predominio del celo religioso.

España sobrepujó en fanatismo á las demas naciones cristianas.

Sus ilustres monarcas establecieron la Inquisicion, y no hay para qué decir las persecuciones que sufrían los que proclamaban doctrinas heréticas.

Por entónces, y en medio de aquella efervescencia religiosa, de aquel renacimiento científico, se reunió el consejo de sabios en el convento de San Estéban para examinar la nueva teoría de Colon.

Como he indicado ántes, componíase el consejo de profesores de astronomía, de geografía y de matemáticas, y de

otras ramas de la ciencia, como asimismo de muchos dignarios de la Iglesia y de frailes ilustrados.

Ante este respetable consejo se presentó Colon con ánimo tranquilo para exponer y defender su sistema.

No solamente el vulgo y las personas ignorantes de más elevada categoría le habían calificado de visionario, de loco.

Al aparecer ante el consejo estaba seguro de ser oído sin pasión por aquellos hombres ilustrados, y como había sufrido tanto, y tenía derecho á esperar el premio, estaba seguro de obtener el triunfo.

La mayor parte de sus examinadores, y sobre todo el presidente del consejo, tenía cierta prevención contra él.

Esto era natural.

Los que ocupan altas posiciones, los que se hallan en el apogeo, miran con superioridad á los que acuden á suplirlos.

En su mayor parte, los miembros del consejo lejos de admirarle, se preparaban á considerarle como á un hombre acusado de impostor, cuya impostura era necesario descubrir para condenarle.

Sin embargo, Colon se hallaba en circunstancias favorables para ser bien acogido por aquel jurado.

Oscuro marino, sin estar afiliado á ninguna institución científica, aparecía sin prestigio, pero sin inspirar envidia; su génio podía llegar á dominar á los jueces.

No faltaba sobre ellos quien le considerase como un aventurero que aspiraba por cualquier medio á ganarse la vida.

En Salamanca, y no solo en aquella ciudad, sino en todas las demas de la monarquía donde se tenía noticia de la próxima celebración del consejo, preocupaba grandemente el resultado de él.

Al fin llegó el momento decisivo.

Los jueces, tan solemnemente congregados, se reunieron en la sala capitular del antiguo convento de San Estéban.

¡Grandioso cuadro era el que presentaba aquel simple marino defendiendo sus teorías con elocuencia y ofreciendo un nuevo mundo en una imponente reunión de profesores, frailes y dignatarios de la Iglesia!

Apénas comenzó á hablar Colon, pudo notarse desde luego quiénes eran los que ántes de escucharle estaban resueltos á condenar sus teorías y los que con buena fe deseaban oírle para juzgarle.

Entre estos últimos, figuraban los dominicos de San Estéban, más versados que los demas asistentes en la ciencia geográfica.

Al ménos oyeron á Colon con recogimiento é interés.

Los otros se habían hecho este argumento:

—Cuando tan profundos filósofos y cosmógrafos han estudiado la forma de la tierra sin descubrir lo que este pobre hombre presume haber descubierto; cuando tantos y tan hábiles navegadores han explorado los mares desde hace tantos siglos, y no han presumido siquiera lo que él presume, ó es una superchería, ó un delirio en este pobre diablo suponer que la Providencia le ha escogido para llevar á cabo tan gran descubrimiento.

Partiendo de este principio, le escuchaban con indiferencia.

No todos los detalles de aquella solemne sesión ha conservado la historia en sus páginas de oro.

Los que han llegado hasta nosotros prueban hasta qué punto se desarrolló la mala fe contra Colon, ó más aún las escasas luces que tenían gran parte de sus jueces.

La universidad de Salamanca, célebre ya, echó sobre sí un

borron, que en vano ha tratado de ocultar al espíritu moderno.

Cierto fanatismo que existia por entónces, era el mayor obstáculo que hallaba el progreso de la ciencia.

Las luces de la antigüedad habian desaparecido.

La fe, acaso exagerada, habia ocupado el puesto del examen.

Extraviada en un dédalo de controversia religiosa, la humanidad habia retrocedido.

Por lo tanto, en lo más intrincado de la discusion, en vez de ser combatido el noble genovés en el terreno de la geografía, se vió abrumado por citas de la Biblia y del Nuevo Testamento.

El libro del *Génesis*, los *Salmos de David*, *El libro de los Profetas*, *Las Eptstolas*, *Los Evangelios*, fueron el arsenal de argumentos para sus adversarios.

Y no solamente se invocó el *Antiguo Testamento*, sino á sus venerables comentadores, San Crisóstomo y San Agustín, San Jerónimo y San Gregorio, San Basilio y San Ambrosio, y hasta el llamado campeón de la fe, el célebre Lactancio, fueron invocados para contrarestar las opiniones de Colon, estableciéndose una confusion entre los puntos de doctrina y las comparaciones filosóficas.

Para la mayoría de los sabios reunidos en el consejo, ninguna demostracion matemática tenia valor si no estaba de acuerdo con algun texto de la Escritura ó algun comentario de los Padres de la Iglesia.

Así, pues, cuando llegó el momento de hablar de los antípodas, de la posibilidad de su existencia en el hemisferio meridional, opinion tan generalmente adoptada por los sabios de la antigüedad, y objeto de grandes discusiones entre los ignorantes y las gentes instruidas, fué, por decirlo así,

uno de los caballos de batalla que sacaron á la palestra los eruditos de Salamanca.

Colon la apoyó con energía, con conviccion, con datos.

Pero sus jueces le combatieron con citas de las obras de Lactancio y de San Agustín, escritores que, aunque dotados de una vasta erudicion y de luces tan admirables, que no en vano figuran en la edad de oro de la Iglesia, no por eso dejaron de mantener las ciencias en la mayor oscuridad.

Colon se vió sorprendido por un pasaje de Lactancio, indigno por lo absurdo de un teólogo tan grave como él.

«¿Hay algun loco, preguntaba Lactancio, capaz de creer que existen antípodas, gentes que andan con los piés arriba y la cabeza abajo? ¿Hay quien crea que existe una parte del mundo en donde todo pasa al revés que en el nuestro, en donde los árboles crecen desde la copa al tronco, no desde el tronco á la copa, en donde llueve, nieva y graniza de abajo arriba?»

Este texto, con todas sus letras, fué uno de los argumentos que se pusieron á Colon.

Otras objeciones más serias fueron sacadas de los libros de San Agustín, el cual, como es sabido, declara la teoría de los antípodas inconciliable con los fundamentos históricos de la fe, porque en su concepto, afirmar que hay tierras habitadas en el confin del globo, es pretender que hay naciones que no descienden de Adán, y desmentir la Biblia, que dice que todos somos hijos de Adán.

Para refutar la teoría de la redondez de la tierra, apelaron sus jueces á las Sagradas Escrituras.

Se recordó que en uno de los salmos se dice: «Que el cielo se extiende como una piel, *extendens caelum sicut pelem*» (1) ó lo que es lo mismo, segun los comentadores, como un cor-

1 Salmo 103.

tinaje, puesto que las tiendas y cabañas de los antiguos pueblos estaban cubiertas con pieles de animales.

Asimismo se invocó que San Pablo en su *Epístola á los hebreos* compara al cielo con un tabernáculo, en el que hay un cortinaje extendido sobre la tierra, razon por la cual debe ser llana.

Colon, que como nuestros lectores han tenido ocasion de ver, era religioso, creyente é incapaz de incurrir en la menor herejía, fué considerado, al refutar aquellos argumentos como hereje.

Sin embargo, otros examinadores más versados en la ciencia, admitieron la redondez de la tierra como tambien la posibilidad de un hemisferio opuesto al habitado; pero reproduciendo el error de los antiguos, sostenian que no podia llegarse á él á causa del insoportable calor de la zona tórrida.

«Pero aun suponiendo que se pudiera llegar, añadian, la circunferencia de la tierra es tan grande, que se necesitaba lo ménos tres años para el viaje, y por consiguiente, que los que lo emprendieran tendrian que morir necesariamente en el camino víctimas de la sed y del hambre, puesto que era imposible llevar provisiones para tanto tiempo.»

Los más atrevidos, los que más avanzaban, hacian una objecion, que era seguramente la ménos absurda, esto es, que aunque un navío lograrse llegar á la extremidad de la India, no podria jamas volver, porque siendo la tierra redonda se hallaria delante de una especie de montaña que le seria imposible salvar, aunque soplase el viento más favorable.

Estos eran en general los errores, las preocupaciones, la mezela de ignorancia, de erudicion y de pedantismo que Colon tenia que combatir durante el curso de su exámen.

No una sesion, sino muchas, no bastaron para que pudiera hacerse cargo de todos aquellos argumentos y refutarlos.

Las esperanzas de Colon quedaron defraudadas.

Se habia figurado que en breve tiempo podria salir victorioso de aquella prueba.

Pero los disgustos que experimentaba al ver que cuando invocaba los principios de la ciencia le contestaban con el fanatismo religioso, volvieron á sumirle en la desesperacion, tanto mayor entónces, cuanto que ya habia vencido las principales dificultades, cuanto que contaba con la benevolencia de los reyes y veia que otra vez iba á estrellarse la proteccion de un soberano en la ignorancia, en la envidia, ó en la mala fe de sus consejeros.

Respondiendo á sus contradictores durante el curso de los debates, expresó la opinion de que los autores, inspirados por las Sagradas Escrituras, no habian hablado en términos técnicos como cosmógrafos, sino por medio de figuras retóricas, en un lenguaje al alcance de todo el mundo.

Trató con respeto y veneracion las intenciones de los Padres de la Iglesia, admitiendo muchas de sus teorías como *homilias* y no como proposiciones filosóficas.

En cuanto á los filósofos antiguos, los combatió con energía y habilidad, y probó que los más ilustrados de entre ellos creian que los dos hemisferios habitados, por más que se imaginaban en la zona tórrida, impedian su comunicacion.

Fundado no solo en la teoría, sino en la práctica, refutó este error y consignó lo que era cierto: que habia llegado hasta San Jorge de la Mina en Guinea casi bajo la influencia del Ecuador, y habia visto que no solo aquella region no era inabordable, sino que habia en ella gran número de moradores, y que producía pastos y frutos abundantes.

Como sentia verdaderamente la fe, como estaba plenamente convencido de que no solo no eran heréticas sus teorías, sino que contribuian á poner en evidencia la grandeza de

Dios, abandonando la modestia con que se presentó á sus jueces, fué poco á poco mostrándose tal cual era.

Su génio atrevido, dominador, que se creía luchando con los obstáculos, que con la verdad y su elocuencia lo avasallaba todo, y que oponia á los argumentos vulgares razones sólidas, á los escrúpulos fanáticos los resplandores del más profundo sentimiento religioso, se creía llamado á llenar una gran mision en el mundo, y cuanto más obstáculos tenia que vencer, mayor era su energía, más contundentes sus argumentos.

Hubo un momento en el que desesperado al ver que á sus razones científicas contestaban con argumentos rebuscados en el más pueril fanatismo, arrojando léjos de sí los mapas, los planos y los globos, buscó á sus adversarios en el terreno donde le llamaban: en el terreno religioso.

Con los mismos magníficos pasajes de la Sagrada Escritura, les demostró las milagrosas predicciones de los profetas, en las que vió anunciado el sublime descubrimiento que proyectaba.

No todos sus jueces cedieron al influjo de su génio. Pero en honor de la verdad, preciso es confesar que en aquellas sesiones ganó muchos prosélitos.

Fué entre ellos su más entusiasta partidario Diego de Deza, digno y sabio dominico, profesor de teología del convento de San Estéban, y que más tarde ocupó la silla arzobispal de Sevilla, que era la segunda dignidad eclesiástica de España.

Este hombre, de talento superior, se interesó vivamente por Colon, le secundó con todas sus fuerzas y calmó el celo de sus hermanos hasta el punto de lograr que le escuchasen sin pasion.

Unidos los esfuerzos de este ilustre dominico y de Colon, lograron avasallar á los profesores más instruidos de cuantos se hallaban en el consejo.

A pesar de todo, hubo en la asamblea una gran mayoría de hombres tímidos, de sabios orgullosos, que se negaban á conceder crédito á las demostraciones de un pobre extranjero, sin fortuna y sin títulos académicos.

Colon no podia destruir las preocupaciones de unos ni la mala fe de otros.

Se celebraron muchas conferencias, pero en ellas no se adelantaba nada.

Los ignorantes persistian en su opinion con una tenacidad inconcebible.

Los más intransigentes comenzaban á fatigarse con aquellas discusiones, en las que no veian solucion alguna.

Muchos de los partidarios que Colon habia conseguido atraer á su causa, aunque admirando su talento, consideraban su proyecto como un sueño.

Sentian la probabilidad de la empresa; pero desconfiaban que la realizase nunca.

Fray Fernando de Talavera, más preocupado de los negocios públicos que de las decisiones del consejo, cuya presidencia ejercia, hizo causa comun con los incrédulos, y despues de tantos afanes, de tantas luchas, de tantas esperanzas, de tantos desengaños, Colon tuvo que aguardar todavía mucho tiempo ántes que pronunciase su fallo la docta asamblea.

La desgracia volvia de nuevo á aprisionarle en sus brazos.

Todavía le quedaba un amigo. Este amigo era el dominico Diego de Deza.